

El despertador de la señorita Susi²⁹

frase fue repetida hasta la saciedad en todos los idiomas y diferentes tonos, por activa y por pasiva, en los mercados y en los colegios y en las iglesias, por voces tan disonantes cual pudieran serlo las de las verduleras o las de las profesoras de primera enseñanza o las de los diérgos; omitiendo, empero, lo de la experiencia y pasando, asimismo, por alto quién la había vivido y quién no porque nos halláramos, no convenía olvidarlo, ante un acontecimiento de trascendencia universal y no era cosa de andar deteniéndose en minucias ni en ésta o aquella anécdota personal) el que un despertador no funciona³⁰ sino por algo tan infinitamente más concreto como vino a resultar el serlo el que el despertador personal de la señorita Susi, ese y ningún otro de tantos cuantos despertadores se declarasen a diario en rebeldía, se negase a cumplir su cometido justo aquella mañana en que tenía el señor Cremades que pagarse un madrugón de padre y muy señor de la tía soltera de la del tercero; fallecido, se comprendía, por más que el señor Cremades se comportara como si tal cosa — tratándolo con exquisita cortesía cuando llegaba en punto y con algo menos de amabilidad, pero jamás de manera incorrecta, cuando lo pillaba con el pie cambiado — y saliera por la puerta de atrás porque con la ventana (un quinto piso de techos abisimos³¹) no cabía el poder contar.

Y es que — todo el vecindario lo sabía — el despertador personal de la señorita Susi era muy caprichoso, según unos, y según otros, tan sólo lo bastante difícil de manipular como para permanecer inmutable ante las cortas habilidades de los más torpes.

Ella, a pesar de todo, en treinta y cinco años no podía decirse que tuviera ni la menor queja de él; ni la más insignificante de las quejas y, eso lo declararía la señorita Susi allí dónde fuese necesario declararlo sin perjuicio de que "otros" — Susi, la señorita, siempre pronunciaba este "otros" con un algo de tonillo despectivo — estuvieran haciendo correr determinados e irritantes bulos alusivos a su algo más que dudosa procedencia y no, por cierto, porque su abuelo lo hubiese adquirido en ningún baratillo o de contrabando sino...

²⁹Finalidad, comprensión, el propósito, que a medida que hablo el tono inventado la mano y no para poder pronunciarse el cuartito bello suspara [REDACTED]

y ella, Susi —que no sé si tachar el Susi, que se me ha escapado sin querer, o directamente borrarlo; aunque ninguna de las soluciones es buena del todo, entiendo, porque tacharlo supondría un, pues, eso, tachón que le molestaría; y borrarlo nos conduciría, que la conozco, a una nueva diatriba acerca de eso que ella llama la irreversibilidad de los actos humanos puesto que, sostiene, ningún acto realizado tiene marcha atrás, y que lo más que cabe, cabría, tratando de enmendarlo, sería realizar un nuevo acto (el de borrar) que tampoco la tendría y cuya pretendida reparación

conllevaría volver al punto, lugar y momento en que se realizó el acto primero e intentar rehacerlo. Pero que, también dice, tampoco eso es, sería, posible, puesto que, si el tal acto tuvo su lugar y su momento, el tiempo transcurrido y el espacio recorrido hasta llegar al ahora mismo en el que estamos nos ha alejado irremisiblemente de aquellos otros momento y tiempo a los que ya es impensable regresar— preguntar que dónde están las tuyas porque, *acuérdate* dice, la última vez que me lo preguntó no sacó nada en claro, que más bien en oscuro, y que a qué viene esa tontería de querer negar unas gafas y una pitillera que tanto juego pueden dar a un personaje que, a veces, no sabe el pobre que hacer con sus manos mientras habla

— Ah —le digo— el personaje puede hacer infinidad de cosas mientras habla —y enumero—: caminar, pintar, peinar, coser, dibujar, rascarse, cocinar, subirse a un árbol, mirar por la ventana, poner la comida al perro...

¡Todo eso ya lo sé! —se exalta, como es tan temperamental—, pero para poder ir centrándonos en qué, nos convendría primero, me parece a mí, tener una idea, aunque fuese vaga,

sí, pero por algo se empieza, de... Pero ¿qué has hecho?, ¿no vengo de decirte que...

– Ya, sí, perdona, me despisté, no te exaltas y no eres temperamental

¿Percibo un no sé qué de sarcasmo en tu tonillo o es que también soy suspicaz?

– No sé, me está prohibido el decirlo.

Vamos, tesoro, no te pongas mordaz. Yo no te prohíbo nada, pero, quisiera que me entendieses, el escritor, tú, querida, en este caso, has de cuidar de sacar de mí, tu personaje, la verdad, o la autenticidad (sea la que sea y **que iremos descubriendo junta**³⁵, si logramos arrancar, que no sé yo; y ponlo entre paréntesis, que no nos vayamos a liar) que en mí misma haya y acertar a plasmarla, tal cual, sin añadidos ni acotaciones ni apreciaciones subjetivas, de tu cosecha, que predispondrían al lector, así, por las buenas y sin mucho fundamento, en mi favor o en mi contra cuando, para colmo y como te iba diciendo, ni siquiera sabemos todavía algo, tan accesorio, sí, pero que allana tanto el camino, como si soy aficionada a algo tan valga la redundancia caminar o pintora, modista, peluquera, cocinera... Y, el perro, la ventana, ¿sabemos si tengo perro, que ladraría y algún vecino quisquilloso habría ya venido a protestas? ¿Sabemos si no estoy en una mazmorra medieval, o, aunque sea, por no tener que acudir a hemerotecas o legajos antiguos que sería un engorro, en una cárcel, civilizada, de las de ahora, pero confinada en una celda oscura porque haya cometido, qué sé yo

– ¡Un asesinato!

Hija eso no; qué extravagancia, qué vulgaridad... Además, que como que no me veo, no sé, no me apetece un pelo, ponerme a asesinar así a lo tonto sin saber ni a quién ni por qué...

– A ver, espera, mira —y repaso, en la página de arriba—; nos hemos dejado dibujar, rascarse y el árbol.

Bah, quien pinta es muy posible que dibuje. Y rascarse pues cualquiera se rasca. Y, el árbol, qué necesidad tengo yo de subirme a ningún árbol

– No sé, pero si a todo le pones inconveniente no arrancaremos nunca. Tú verás.

Calla... ¿Termino de oír el timbre?

– No creo.

Pues a mí me ha parecido que

– Pero yo tengo un oído de tísica, así que...

Eres tonta. Date cuenta de que podría ser alguien; el cartero con un certificado, el vecino de abajo con una gotera

– Un mensajero con un ramo de flores...

Eso no. No conozco a nadie que me mande flores.

– Un amigo que se marchó hace mucho al extranjero y, casualmente, por vaya usted a saber qué motivos que ya averiguaremos, si quieres lo apunto, pasaba por aquí y...

No tengo ningún amigo.

– ¿Y tu sobrino? Ese que sabe mucho de informática y viene a arreglarte el ordenador...

¡Basta! No tengo ningún sobrino.

– Así no vamos a ninguna parte.

Pues pistas ya te he dado algunas —dice, y que espabile.